



Fotograma de la película "El señor de los anillos", basada en la novela homónima del sudafricano John Ronald Ruelen Tolkien.

Moda Tolkien

EL SEÑOR DE LOS ANILLOS

SABAS MARTIN

A nosotros, castellano parlantes, nos llega con retraso. Pero nos ha llegado, que es lo que importa, acompañado, además, de una película de dibujos animados y de un libro de "cómic" editado por Brujuna. Hace algunos años —allá por la década de los "hippies", el mayo francés, la generación del "rock" y los llamados "marginales"—, John Ronald Ruelen Tolkien (Bloemfontein, Sudáfrica, 1892-1973) y su novela "El señor de los anillos" fue pasatiempo preferido e inspirador de pintadas: "Gandalf for President"... Los que hace algunos años eran más jóvenes y extranjeros leyeron con avidez la obra de Tolkien e incorporaron la mitología seductora y fascinante que encierra a su credo y modo de vida. Entonces, esa incorporación tuvo

visos de romanticismo casi patológico; ahora —para quienes accedieron a la obra cuando era novedad— suponemos que el nombre de Tolkien les traería gratos recuerdos como la famosa madalena de Proust. Y a lo mejor también para Stanley Kubrick y Walt Disney. Ellos, entre otros, intentaron llevar a la pantalla la novela de Tolkien. Al final ha sido Ralph Bakshi —"underground" y polémico, director de "Fritz the cat"— quien lo ha hecho —queda aún una segunda parte de la película—, con producción de Saul Zaentz, dueño de un sello de "jazz" californiano y productor también de "Alguien voló sobre el nido del cuco".

Pero, con retraso y todo, la capacidad de fascinación de Tolkien no ha desaparecido ni menguado. En espléndida traducción

de Matilde Horne y Luis Doménech, Edhasa, Barcelona, ha publicado, en su colección Minotauro —a finales del año pasado y principios de éste—, los tres tomos de "El señor de los anillos": "La comunidad del anillo", "Las dos torres" y "El retorno del Rey". Una quinta y una tercera edición, ya agotadas, de los dos primeros volúmenes —el tercero parece que seguirá el mismo rumbo— de la publicación española de "El señor de los anillos", nos confirma que Tolkien sigue siendo capaz de asombrarnos con su estilo sugestivo, con esa escritura suya: fresca, seductora, con el sabor de lo que es bueno para perdurar.

El mundo de Tolkien es el universo de la leyenda. En "El señor de los anillos" encontramos elfos, magos, enanos, hobbits,

hombres-árbol, mujeres-araña: seres mitológicos, en suma. Y, por supuesto, también encontramos anillos prodigiosos y acontecimientos mágicos. Tolkien se mueve por el patrimonio de la mitología universal. Las reglas de su juego son muy simples, pero efectivas: la lucha entre las Fuerzas del Bien y las Fuerzas del Mal, la Luz contra la Sombra. Nada original. ¿Dónde radica, entonces, esa capacidad de seducción, esa fascinación, de que hablábamos?

En primer lugar habría que decir que Tolkien se nos presenta como creador de un discurso narrativo original. En su lenguaje se confunden y alían, con un acierto magistral, el detallismo descriptivo y el tono lírico, la intriga, la acción y las aventuras, la delimitación de caracteres, la exuberancia imaginativa y la fantasía... Incluso hay pretensiones de precisión histórica y realismo documental, como, por ejemplo, el prólogo que nos habla de las costumbres y características de los hobbits, de la ordenación y archivos de la comarca, y ese mapa que nos ayuda a seguir el itinerario de la comunidad del anillo. Además, Tolkien se inventa idiomas, lenguas —la de los elfos, la de los ents, la de los orcos...—, de las que nos ofrece sus correspondientes transcripciones-traducciones, y que se insertan sin estridencias ni forzamientos en el discurso, potenciándolo y haciendo que gane en verosimilitud y expresividad.

Siendo fiel a esa dicotomía buenos-malos, Tolkien construye una mitología coherente. Parte de otras anteriores —se puede detectar la presencia de los modelos de los libros de caballerías, incluso de Lovecraft o Wagner, de las sagas nórdicas...—, pero la de Tolkien, creada en pleno siglo XX, está llena de fe en el producto, llena de aciertos, de acontecimientos densos. Todo ello le otorga una autenticidad universal, rica, seductora. Y, lo que es más importante, esa mitología está edificada a partir de una investigación o —mejor— reconquista lingüística que acaba por convertirse, ella misma, en escritura propia y nueva. Tolkien nos confirma aquello de que una novela no es más —y nada menos— que contar una historia. Esa historia puede ser banal; nunca su expresión. Ambas cosas, en Tolkien, son originales y sorprendidas. He tomado la vieja senda de lo legendario para seguir avanzando en ese territorio que no acaba de

EL SEÑOR DE LOS ANILLOS

ser explorado. Su empresa tiene el empeño del conquistador, del que descubre e inaugura mundos y nos asombra. Pero hay más.

"El señor de los anillos" no se queda sólo en la deslumbrante y sorpresiva creación de un universo mítico expresado con un discurso original. También encierra una parábola moral, una parábola política. "El señor de los anillos" gira en torno a la posesión-destrucción del anillo único. Hay quien dice que Tolkien escribió la novela como una advertencia contra los riesgos de la guerra atómica. Ese anillo único vendría a ser, pues, una metáfora de la gran bomba, del arma definitiva. Pero, igualmente, puede encontrarse otro nivel de lectura en la obra.

En dos momentos muy claros y explícitos Gandalf —el buen mago de blanca barba— y Galadriel —la reina de los elfos— rehúsan la posesión del anillo. El anillo es el poder. Boromir de Gondor, de la raza de los hombres, fue muerto a causa de su ambición por tenerlo. Saruman, el gran mago maestro de Gandalf, se corrompió por la misma causa. Cuando Gandalf y Galadriel rechazan el mágico anillo, están renunciando al poder. Con él podrían derrotar al señor Oscuro, pero también saben que él lo forjó y que les sería muy difícil —una vez vencido el Mal— renunciar a la tentación de emplearlo para provecho propio. La parábola de Tolkien es exorcismo y aviso. Exorcismo, conjuro, para liberarnos del deseo de detentar el poder absoluto. Aviso de que ese poder absoluto sólo conlleva degradación, corrupción y envilecimiento.

Se ha dicho que "El señor de los anillos" es como un relámpago en un cielo claro. Con ello se aludía al retorno, en unos tiempos como los nuestros, de una determinada forma de narrar, ejemplificada en la obra de Tolkien. Una narrativa concebida sin inhibiciones, románticamente exaltada, exótica, brillante, subjetiva y no realista, plétórica de imaginación y de fantasía, y que, además, encierra una honesta concepción de la vida. Quizá porque nos falte todo eso en nuestra época se explica la irresistible ascensión de J. R. R. Tolkien, de la mano de "El señor de los anillos". ■ S. M.



Sting, bajista de The Police.

The Police

ROMPEHIELOS DE LA NUEVA OLA

DIEGO A. MANRIQUE

EL pasado viernes, la Nueva Ola inglesa hizo su aparición oficial en nuestro país. Ciertamente el escenario —el Pabellón de Deportes de Badalona— había recibido pocos meses antes la visita de Elvis Costello, pero el hombrecillo airado de gafas a lo Buddy Holly no logró concitar la turbulencia que rodeó al debut de The Police, bien arropados por un fuerte aparato publicitario que insistía machaconamente en los discos de oro y platino que han logrado en tal o cual lejano país (información aparentemente vital que fue reproducida profusamente).

La noche del concierto, centenares de personas sin entradas (y eso que Gay and Co se habían excedido en vender papel) se congregaron alrededor del local y hubo los consiguientes enfrentamientos con la Policía (la de verdad, no la musical). En el inte-

rior, los afortunados sudaban y contemplaban los rituales del rock pesado limpiamente revividos por un veterano grupo madrileño llamado Coz.

Y es que la noche iba de veteranos, profesionales, viejos zorros del "rock business". A pesar de toda su aureola de novedad y nubilidad, los Police son músicos experimentados que se han subido al tren de la Nueva Ola. Primero intentaron engancharse al caballo salvaje del punk (de ahí su nombre chirriante y provocador), pero resultaba demasiado evidente su intrusismo; fueron castigados con el desprecio en su Inglaterra natal, donde la prensa musical exige unos niveles altos de concienciación política y estética. Los tres músicos de The Police no se sentían involucrados con los ideales defendidos con más o menos sinceridad por sus colegas herederos de la revolu-

ción punk. Uno de ellos, el americano Stewart Copeland, golpeaba la batería con un grupo tan pretencioso como Curved Air hasta que descubrió que aquello era un callejón sin salida y que lo de los Sex Pistols era infinitamente más potente y divertido. El guitarrista, Andy Summers (o Somers), llevaba en su cara las señales de un larguísimo peregrinaje que le había llevado de grupos floridos como los primeros Soft Machine y Eric Burdon and The Animals hasta empleos tan deprimentes como acompañante de David Essex. El tercer miembro era Gordon Sumner, un bajista y cantante de Newcastle al que se apodaba Sting; su principal experiencia musical era Last Exit, una banda de jazz-rock de tipo amateur que pasó sin pena ni gloria por el Festival de Jazz de San Sebastián de hace unos años.